

# Una comprensión del quehacer inter-trans disciplinario desde el enfoque de la gestión del conocimiento para el aprendizaje y el cambio

John Omar Espinoza

Psicólogo comunitario, enfoque Ecosalud

En mi práctica profesional he ido descubriendo que el conocimiento proporcionado por la disciplina que decidí estudiar (Psicología) es insuficiente para abordar los diferentes fenómenos o hechos sociales que día a día tenía como reto entender, como persona y profesional. Probablemente esta primera reflexión no sea novedosa, porque hay un sentido común que comprende de por sí que los fenómenos o hechos sociales son, en definitiva, complejos de interpretar, y que no basta sólo la mirada de una disciplina para poderlos comprender. Con estas líneas me gustaría iniciar la reflexión sobre la importancia del quehacer interdisciplinario en mi experiencia personal y dar un aporte para aquellos que están incursionando por estos caminos con el aporte del enfoque de la gestión del conocimiento orientado al aprendizaje y al cambio.

En la época de pregrado era consciente que el interés de mis mentores respecto de nuestro aprendizaje y formación profesional, como futuros científicos sociales, estaba más centrado en la comprensión de los fenómenos sociales que involucran al ser humano desde un marco explicativo único y cerrado. Si bien nos incentivaban a que buscásemos nuestros propios intereses en el ejercicio de la profesión, no existía mayor preocupación porque asumiésemos una búsqueda epistemológica propia: teníamos que seguir una sola epistemología, o ignorar que era relevante hacerlo.

Ese era el contexto de la formación de los profesionales de Psicología de nuestra generación. Claro está que no todas las universidades o centros de formación de psicólogos y psicólogas tenían esas direcciones, había variedad, y en esa variedad uno podía reflejarse. Algunos estudiantes tuvieron que visitar más de un claustro académico externo para completar su formación con una primera experiencia sobre la importancia de contar con otros conocimientos disciplinarios.

Ya fuera de la universidad, el ámbito laboral se convertiría en el espacio donde tomaríamos conciencia de lo limitado de nuestro aporte profesional desde una disciplina. El trabajo te muestra que el abordaje de la realidad es mucho más complejo de lo que se aprende en las aulas. Pienso que la primera experiencia laboral es la que

determina un hito importante en los nuevos profesionales para iniciar un cambio de postura respecto de la realidad aprendida en clases.

Mi primer trabajo fue en un proyecto comunitario que tenía como característica un equipo multidisciplinario, que pensaba las actividades de esa manera, desde ese enfoque, porque el tema de interés era un problema complejo que merecía la atención de diferentes miradas, diferentes disciplinas. Recuerdo que en esa experiencia tuve mi primer contacto con los trabajadores sociales y los educadores.

Al encontrarme con estas disciplinas, y otras como la comunicación social, la sociología, la antropología, incluso la medicina social, me fui percatando de los aportes que me podrían dar otras miradas. Si bien iba acumulando información, teorías, modelos explicativos, esquemas, técnicas de recolección y de análisis y otras herramientas, aún me costaba asumir una postura epistemológica definida. Fue después de varios años en práctica profesional (y el haber estudiado un posgrado), que comencé a superar esa valla disciplinaria que me llevaba a mirar los fenómenos humanos (individuales y sociales) exclusivamente desde la Psicología.

Por esto creo que el trabajo multidisciplinario es una necesidad en cada nuevo proyecto que emprendo. Pero siempre hay un pero, y ésta no es la excepción. En cada nueva experiencia con otros profesionales siempre me quedaba la incógnita ¿cuál es la valoración que tiene cada disciplina sobre el conocimiento científico en su práctica profesional?

En mi experiencia profesional, obtuve algunas respuestas a partir de la observación de los diferentes profesionales con los que trabajé. En esa observación identifiqué un patrón: después de la universidad, la mayor parte se dedican a ejercer la profesión desde la intervención, ninguno hacia investigación. Y no descubriría la relación íntima que existe entre intervención e investigación hasta que viví la experiencia del posgrado. Como consecuencia, hasta ese momento yo también me incluía en el grupo de profesionales que “sólo hacían su labor”.

Otra respuesta la obtuve por la actitud de los profesionales para involucrarse en proyectos de intervención en los que no se promovía la investigación. De por sí, en la formación de pregrado, al menos en mi país, el incentivo a la investigación científica es mínimo, casi nulo. La apuesta de la investigación parece más una tarea de acumular conocimientos ajenos antes que promover una construcción propia y novedosa adaptada a un contexto particular y complejo.

En la formación de pregrado la tarea de investigar estaba vinculada al compromiso de obtener una calificación aprobatoria en un curso y no tenía otra motivación por indagar más allá de cumplir con los requisitos para pasar de manera satisfactoria un ciclo académico. Ante la ausencia de una motivación por investigar tampoco se nos incentivaba el hábito de valorar el conocimiento que íbamos descubriendo o aportando.

Tanto en la formación como en el trabajo no se percibía ese interés por investigar y construir conocimiento. Y cuando los proyectos donde trabajaba se disponían a “sistematizar sus experiencias”, la tarea inmediata era encomendada a un actor externo al proyecto. Existía una clara conciencia de la importancia de la investigación, pero no tanto como para involucrarnos totalmente. Incluso había espacios de reflexión, se contaba con profesionales comprometidos en ese ejercicio y uno se podía dar cuenta

que había mucho conocimiento acumulado. Pero, paradójicamente, era un conocimiento de todos y de ninguno a la vez. Y me resultaba difícil comprender a dónde iba a parar todo ese conocimiento.

Entre estas reflexiones también interactué con otros colegas que habían dejado el ejercicio profesional liberal de la Psicología y se habían dedicado a tiempo completo a la investigación vinculada a la docencia. En su momento lo entendí como una puerta de entrada para encontrar esa motivación externa para investigar que no había logrado encontrar en la academia ni en el trabajo profesional. Además, sabía que la labor docente, en sí misma, se convierte en transformadora, no sólo para los alumnos, sino también para el que hace las veces de facilitador de procesos de aprendizaje.

Esta idea se hizo más fuerte cuando observaba que estos colegas no sólo enseñaban e investigaban, sino también promovían cambios en los espacios donde dictaban clases. Cambios de actitud en los alumnos que impulsaban en los pequeños y grandes proyectos de intervención social que planificaban (prácticas pre-profesionales) ese matiz de acción y transformación del entorno social. Esto me llevó a ser más consciente de la necesidad de hacer algo más con ese conocimiento que construimos a partir de la investigación. No basta con tenerlo para uno mismo, se debe compartir. Y eso es exactamente lo que hacían los colegas, generando una “bola de nieve” que se convertía en una motivación para otros profesionales que tenían deseos de investigar. Pero ¿qué necesitamos promover desde la investigación (o docencia) para poder implementar acciones transformadoras?

Responder esta pregunta fue más difícil aún. No tenía tanta experiencia en investigación, y mucho menos en docencia. Jóvenes profesionales pueden pasar por la misma sensación al tener la seguridad que sus aportes desde el ejercicio profesional son importantes y que a través de una experiencia de investigación lo podrían validar y consolidar. Entonces nos encontramos con una nueva valla: el compromiso ético de emprender acciones transformadoras con esos conocimientos novedosos. El intercambio con profesionales de más experiencia en este rubro nos enseñó que para promover acciones transformadoras es necesario otro tipo de apuesta epistemológica, incluso política. Demanda, además, una actitud de desprendimiento individual para continuar con ese deseo de investigar para construir y deconstruir conocimientos de manera colaborativa, y diría incluso como psicólogo, de manera empática (“capacidad de ponerse en el lugar del otro”).

Sin embargo, como generalmente pasa, en un algún momento encontramos la oportunidad de hacerlo y eso significó, para mí, involucrarme en un nuevo proceso de investigación. A mediados del año 2014, justo después de haber culminado los estudios de posgrado, tuve la oportunidad de trabajar en un proyecto de sistematización que inicialmente me atrajo desde el aspecto académico porque era una opción de crecimiento en investigación cualitativa que me demandaba un nuevo reto. Fue así que me involucré, de manera casi obligatoria, con el enfoque de gestión del conocimiento para el aprendizaje y el cambio. Y lo remarco como una obligación en sentido positivo, porque conocer este enfoque era comprender el alma de la sistematización.

Desde el comienzo encontré en este enfoque aspectos que me eran familiares, conceptos que formaban parte de mi repertorio conceptual y que eran muy usados

para explicar otros procesos de investigación. Esta fue una sensación compartida por la mayor parte de los investigadores. Además, la primera identificación de elementos comunes con el enfoque aportó en la experiencia de todos y todas la posibilidad de pensar en la noción de articulación de ideas. El compartir sensaciones comunes sobre un mismo enfoque nos hacía visualizar la propuesta como un puente de comunicación.

Por esto pienso, cada vez más, que la apuesta por articular disciplinas va más allá de la simple presencia física de varios profesionales en una misma reunión o proyecto, sino que implica un diálogo entre ellos y ellas que inicia con la identificación de sus puntos de coincidencia, pero también de discrepancia. En la medida que la sistematización avanzaba, no sólo conocía posturas sino también trayectorias profesionales de seres humanos con horizontes de vida comunes. El enfoque contribuía a facilitar la comunicación entre nosotros y a sacar el mayor provecho de las fortalezas de cada integrante. Ese fue un pensamiento que fuimos valorando cada vez más y que, a la vez, fortalecía los vínculos entre nosotros.

A todo investigador que inicia una nueva experiencia le es imposible no rememorar experiencias previas e intentar usarlas para dar sentido a las experiencias nuevas. Muchos compartíamos la necesidad de recordar el ejercicio individual de apertura a otras disciplinas, que realizamos cuando tuvimos nuestra primera experiencia laboral (de carácter multidisciplinario) para comprender el nuevo aprendizaje que estábamos teniendo guiados por este nuevo enfoque de gestión del conocimiento. Recordar de manera colectiva las experiencias vividas nos daba cierta seguridad para seguir el proceso de cambio. Un detalle a tener en cuenta en este ejercicio es que las personas con las que ahora interactuábamos vivían en contextos nacionales distintos (otros países, culturas, dialectos, costumbres) a los que se sumaban trayectorias profesionales extensas y logros académicos, que nos impulsaban a un esfuerzo mayor por el conocimiento abierto de “otros” dejando de lado egos profesionales y “subjetividades heroicas” respecto de la realidad que veníamos explorando. Ese fue el gran compromiso de los integrantes de la sistematización.

La práctica profesional automática, el hacer diario sin reflexión, nos lleva a acumular conocimiento, pero, al mismo tiempo, nos hace perder capacidad para interpretarlo (aunque suene paradójico). Desde la percepción del equipo multidisciplinario, reflexionar sobre la aplicación de las herramientas nos ayudaba a replantear acciones y, al mismo tiempo, fortalecer aquellas acciones que contribuían a cumplir con los objetivos de cada proyecto. Así también, la reflexión sobre la colaboración entre los equipos de investigación promovía el diálogo de saberes (locales y científicos) y la integración de estrategias, lo que nos llevaba finalmente a un mejor abordaje de los temas de interés común.

Por otro lado, este enfoque de la gestión del conocimiento propone el uso de herramientas que ayudan a orientar la construcción del conocimiento, dando un valor distinto al aprendizaje de proceso, promoviendo su documentación. Muchos de los investigadores que participábamos en la sistematización éramos conscientes que la memoria es frágil, por tanto la aplicación de estas herramientas se convirtió en una necesidad en la medida que ayudaba a consolidar esos conocimientos sin perderlos

de vista. Claro está que una gestión del conocimiento no sólo se caracteriza por asumir una rigurosidad en el registro de actividades y conocimientos, sino que invita a la reflexión y valoración de esos eventos para sacar conclusiones, brindar explicaciones y teorizar la realidad que se estudia, pero que además se vive.

De manera complementaria, el enfoque nos ayudó como grupo humano a vivir la experiencia de sistematizar teniendo una mayor apertura a las diferentes miradas. Nos ayudó a impulsar acciones transformadoras, empezando por nosotros mismos, que cambiamos mucho nuestra manera de enfocar las problemáticas abordadas. A los jóvenes investigadores y futuros interesados en el ámbito de la investigación, la recomendación es proponerles, en un principio, que elijan un enfoque que los ayude a orientar sus propios marcos teóricos, objetivos y formas de ver el mundo (epistemología). Asumir una empresa desde una visión clara y una misión organizada, brinda sentido al ejercicio de acción-reflexión de construir conocimiento para el cambio en los contextos en los que nuestras disciplinas se desempeñan.

Por eso pienso que comprender el quehacer interdisciplinario es una tarea complicada que se fortalece día a día con el aprendizaje de nuevas experiencias en el ámbito de la investigación. Desprenderse de los propios paradigmas es una tarea titánica, no solo porque es necesario para el ejercicio profesional, sino porque la realidad y su complejidad nos lo exige. El mejor paso para integrarse en esta nueva comprensión desde un enfoque de gestión del conocimiento para el aprendizaje y el cambio, es encontrar el equilibrio entre estar dispuesto a ser parte de un equipo multidisciplinario, arriesgarse a pensar de manera interdisciplinaria y ser capaz de construir colectivamente una nueva mirada transdisciplinaria orientada hacia la gestación de acciones para la transformación social.

